

La Ilustración Artística

Año XXVI

← BARCELONA 7 DE ENERO DE 1907 →



BIBLIOTECA MUNICIPAL NÚM. 1.306
MADRID



LA ADORACIÓN DE LOS REYES MAGOS, cuadro de Juan Gossaert (1470-1541)
propiedad del conde Carlisle

ADVERTENCIA

Llamamos la atención de nuestros favorecedores sobre la importancia de las obras anunciadas en el prospecto para la serie de 1907, que hemos repartido, y que son las siguientes:

LA MUJER MODERNA EN LA FAMILIA. Conocimientos útiles y agradables para formar el alma, el corazón, la voluntad, la inteligencia y el carácter de las mujeres. Obra escrita por la Condesa de A***. Edición ilustrada.

PEQUEÑAS GRANDES ALMAS, novela de costumbres americanas, por G. A. Martínez Zuviría. Edición ilustrada.

CALENDAL, poema provenzal de Federico Mistral, vertido al castellano por Arturo Masrera, ilustrado por Arcadio Mas y Fondevila.

LUZ Y SOMBRAS, novela de costumbres por E. Bulwer Lytton, traducción del inglés por Pelayo Vizuete, ilustrada por Calderé.

SOLEDAD, novela de Víctor Catalá, traducción del Dr. D. Francisco Javier y Garriga, con ilustraciones de Mas y Fondevila.

SUMARIO

Texto.—*Crónica de teatros*, por Zeda. — *Los reyes crueles*, por José Francés. — *El país de Circe*, cuadro de Enrique Serra. — *El abate Perossi y su escuela de canto*. — Barcelona. *Monumento á Federico Soler*. — *El profesor José Petacci*. — *La radiotelegrafía automóvil*. — *El coronel Eduardo Müller*, nuevo presidente de la Confederación suiza para 1907. — *Cristianía*. *Monumento erigido á Ibsen por su hijo*. — *Nuestros grabados artísticos*. — *El miedo á la vida*, novela ilustrada (continuación). — *Las plantas artificiales*.

Grabados.— *La Adoración de los Reyes Magos*, cuadro de Juan Gossaert. — Dibujo de Calderé que ilustra el artículo *Los reyes crueles*. — *Galeotes*, grupo en bronce de Nicolás Friedrich. — *El gallinero*, cuadro de Mariano Barbasán. — *El país de Circe*, cuadro de Enrique Serra. — *Roma*. *El abate Perossi y los monaguillos de la Escuela de canto dirigida por él*. — *El cardenal Merry del Val en su despacho*. — Barcelona. *Inauguración del monumento á Federico Soler (Serafi Pitarra)*. — *Monumento á Federico Soler*, obra de Agustín Querol y de Pedro Falqués. — *Reyes*, dibujos de Arcadio Mas y Fondevila. — *El doctor José Petacci*. — *El coronel Eduardo Müller*. — *Cristianía*. *Monumento erigido á Enrique Ibsen por su hijo*. — *Vistas del carro automóvil radio-telegráfico*. — *Plantas artificiales*. — *Marruecos*. *Si Guebba, ministro de la Guerra, acampando con su «nehalla» en las inmediaciones de Tánger*. — Barcelona. *«El gallo del pobre»*. *Distribución de comestibles entre familias necesitadas, con motivo de las últimas Navidades*.

CRÓNICA DE TEATROS

Desde hace algún tiempo, una buena parte del público de Madrid muestra prevención y hasta marcado desvío hacia el teatro, no por el teatro en sí, sino por lo escabroso de las obras que en ellos se representan. «Lejos de ser la escena—me decía una muy discreta señora noches pasadas, durante el entreacto de un *vaudeville* del color y del sabor de la guindilla,—como era antes, escuela de buenas costumbres, se ha convertido en cátedra de inmundicia y piedra de escándalo. Yo—seguía diciendo la buena señora—he desistido de traer á mis hijas al teatro.»

Claro es que habría mucho que hablar respecto á la moralidad de las obras antiguas. Sin salir de nuestra patria, dramas y comedias hay de Lope, Tirso y aun del propio Calderón que no descuellan ciertamente por su honestidad. Esto es exacto; pero también lo es que hay como disueltos en muchas de las obras modernas, entre los desenfadados y libertades de la frase y de algunas situaciones, gérmenes de corrupción tanto más peligrosa, cuanto que se presenta ataviada y adornada con los refinamientos del ingenio. No es, por consiguiente, de extrañar que abunden las familias timoratas que, no obstante gustar de los espectáculos teatrales, se retraigan de asistir á ellos.

Teniendo esto en cuenta, la empresa del Español, no sólo ha abierto un abono, que inmediatamente ha quedado totalmente cubierto, á sábados blancos, sino que pone especial esmero en quitar ó en atenuar, por lo menos, los atrevimientos de los dramas y comedias que allí se representan en los demás días de la semana.

Recientemente, por ejemplo, se ha estrenado en aquel favorecido teatro, con el título de *La pasadera*, la comedia de MM. Gresac y De Croisset *La passerelle*. cuyo argumento es de lo más subido de color que nos proporciona la moderna literatura cómica francesa. Cuando hace dos años nos dió á conocer esta obra la artista italiana Teresa Mariani, hubo muchas personas que se escandalizaron de la poco ho-

nesta libertad que campea en la comedia original. Ahora, en la forma que la ha adaptado á la escena española el Sr. Reparaz y se ha representado en el teatro Español, pueden ir á verla, sin el más leve peligro para sus escrupulos, hasta las más pudorosas alumnas del colegio del Sagrado Corazón.

**

Pocos días antes de interpretar el papel de protagonista de *La pasadera*, María Guerrero, cuya flexibilidad de talento la permite pasar sin aparente esfuerzo de lo trágico á lo cómico, encarnó de manera admirable la creación de Schiller *María Estuardo*.

Pocas figuras, en la historia moderna, pueden competir en grandeza dramática con la infortunada reina de Escocia. Su vida fué un ejemplo conmovedor y elocuente de la inestabilidad de las venturas humanas. Dijérase que, como á las heroínas de los cuentos antiguos, las buenas hadas le habían rendido el tributo de sus dones más preciados. Hermosa y de elevado ingenio, vióse halagada en los comienzos de su existencia por todos los favores de la fortuna. A los diez y siete años, por su matrimonio con Francisco II, ocupó el trono de Francia, cuya corte era entonces la más brillante de Europa. Breve fué su reinado en aquella gran nación, para la cual tuvo siempre María sus mejores y más apasionados recuerdos. Viuda muy pronto pasó á gobernar sus estados de Escocia. Refiere Brantôme, acompañante de la reina en su travesía del continente á su nuevo reino, que María hizo que le colocaran su lecho en la cubierta del buque para ver durante el mayor tiempo posible las costas de Francia.

Una vez la reina en Escocia, comenzó á eclipsarse la estrella que con tan hermosos resplandores comenzó á brillar para la joven soberana en el cielo de París. Su ligereza, sus pasiones y sus graves faltas le arrebataron muy pronto el respeto de sus vasallos, hombres rudos á quienes ella miraba con marcada repulsión. Fué uno de sus más graves errores su matrimonio con su pariente Darnley, joven brutal y vicioso que por celos hizo asesinar á la vista de la reina á su favorito, el músico Rizio, muy diestro en su arte, pero viejo y de extraordinaria fealdad. Asesinado á su vez Darnley por Bothwell, María Estuardo se casó con el matador de su esposo, lo que hizo suponer, y no sin algún fundamento, que no había sido ella de todo punto ajena á la perpetración del crimen. Subleváronse sus súbditos, y humillada y vencida logró fugarse á Inglaterra, en donde creía encontrar protección y amparo.

No fué así. Ocupaba entonces el trono británico Isabel, que siempre había visto en María Estuardo una peligrosa competidora al trono de la Gran Bretaña y una rival que la aventajaba en elegancia y belleza. Lejos, pues, de dar hospitalidad generosa á aquella avejida que se había refugiado en su seno—según la hipócrita frase de Isabel,—hizo aprisionar á la fugitiva, tóvula encerrada durante veinte años y firmó al cabo su sentencia de muerte. Ejecutóse ésta en la fortaleza de Fotheringay, en público cadalso, mostrando la infortunada reina tanta resignación como entereza en aquel trance supremo.

El drama de Schiller presenta á María Estuardo ya condenada á muerte. La prisionera tiene, sin embargo, la esperanza de que Isabel no firmará la sentencia. Su deseo más ardiente es hablar con su rival. Célebese la entrevista entre las dos reinas, la mejor escena de la tragedia: María se humilla, suplica, llora, pide piedad; pero herida en su orgullo al ver la actitud fría y rencorosa de Isabel, yérguese encolerizada, y olvidando que su arranque de soberbia puede costarle la vida, ultraja sangrientamente á la reina de Inglaterra. Ardiendo Isabel en deseos de venganza, encuentra pretexto para realizarla en cierto atentado de que estuvo á punto de ser víctima y del cual supone ó finge suponer que es instigadora María, y firma la terrible sentencia. La reina de Escocia, purificada por el arrepentimiento y la confesión, sube valerosamente al cadalso.

Toda la obra rebosa en nobles sentimientos y en alta poesía y refleja en su integridad el espíritu de Schiller, del cual dice Menéndez Pelayo que es «de los poetas más excelsos y simpáticos de que la humanidad puede gloriarse, y el segundo, después de Goethe, en aquella luminosa cohorte de ingenios que realzaron el ocaso del siglo XVIII (tan poético en sus principios) y saludaron la aurora del presente. Quien dice Schiller dice entusiasmo, pasión noble, elevación generosa y magnánimo y puro idealismo.»

Siendo esto así, tarea meritoria es poner al público español, un tanto tocado de escepticismo y propenso á la burla, en contacto con un alma superior que aspira á ennoblecer al hombre, mostrando lo que hay en él de más subido valor moral.

Aunque nuestra sociedad, en el teatro por lo menos, se inclina á reír mejor que á llorar, encontró demasiado lúgubre la tragedia alemana, reducida á cuatro actos por los Sres. Llana y Francos Rodríguez, la oyó con el debido respeto, y hasta se dejó vencer, en algunas ocasiones, por la alta idealidad de la obra y por la manera realmente admirable con que María Guerrero interpretó el grandioso papel de la desventurada reina de Escocia.

**

Al estreno de *María Estuardo* siguió el de *Añoranzas*, comedia del fecundo autor dramático Linares Rivas, quien por esta vez sólo ha conseguido lo que en el argot teatral se llama galaicamente un *succès d'estime*. *Añoranzas* se parece algo á la farsa de D. José Echegaray titulada *A fuerza de arrastrarse*, aunque tiene mucho menos brío que la obra del insigne dramaturgo. Hay, sí, en esta última comedia de Linares rasgos y escenas que manifiestan una vez más el acreditado talento de su autor; pero en general es lánguida y de escaso interés. Muy pronto, de seguro, el autor de *Aire de fuera*, *María Victoria* y *Bodas de plata* se desquitará de ese ligero resbalón... Todos los que escriben mucho, desaciertan de cuando en cuando. El mismo Homero dormitaba algunas veces.

**

Y hétenos en el período de Pascuas, que los teatros dedican al dios de la risa. Sabido es que en esta semana del turrón, del pavo y de la zambomba, las empresas teatrales hacen los imposibles por servir al respetable público obras divertidas. Y como aquí, por lo visto, nuestros autores son melancólicos y tristes, las susodichas empresas acuden á Francia en busca de chistosos *vaudevilles*. En el momento de escribir estas líneas, apenas si puede citarse un solo cartel de teatro que no ostente el título de una festiva obra francesa, traducida, adaptada, arreglada, desarreglada ó disfrazada, que de todo hay en esta viña que no es precisamente la del Señor.

La Comedia, firme en su propósito de representar únicamente obras extranjeras, nos ha dado, entre otras, *La pista* y *Triplepatte*. Ambas realizan cumplidamente su objeto, que es hacer reír. *La pista* es un *vaudeville* que Sardou escribió en tres actos y que los Sres. Bueno y Catarineu han reducido á dos. En esta obra, como en *Divorçons*, su autor satiriza donosamente el divorcio, y saca, por el lado cómico, las consecuencias á que puede dar lugar aquella flamante institución francesa. El arreglo de los Sres. Bueno y Catarineu mantiene sin intermitencia alguna la hilaridad de los espectadores.

También se rieron los que asistieron al estreno de *Triplepatte* y los que presenciaron el de *Jetattore* en la Princesa. Las dos comedias pertenecen al género llamado de enredo y abundan en lances y sorpresas tan imprevistos como chistosos.

La breve temporada de este último teatro está ya á punto de terminar. El director de la compañía que actúa en la Princesa, Emilio Thuiller, partirá pronto á América. Antes de partir nos dará á conocer una comedia original del Sr. Carulla, titulada *La mujer rica*. Este Sr. Carulla es muy famoso. Hace tiempo que llevó á cabo la empresa colosal de poner en verso nada menos que la *Biblia sacra*; y no contento con haber dado remate á tan ardua labor, puso después mano en *La Imitación de Cristo*, de Kempis, y la rimó con igual fortuna con que había rimado *El Viejo Testamento*.

Ahora se espera con gran curiosidad su anunciado drama, en el cual, según aseguran personas dignas de crédito que han asistido á los ensayos, abundan los rasgos que tanto han contribuido á hacer célebre la fecunda y atrevida musa de Carulla.

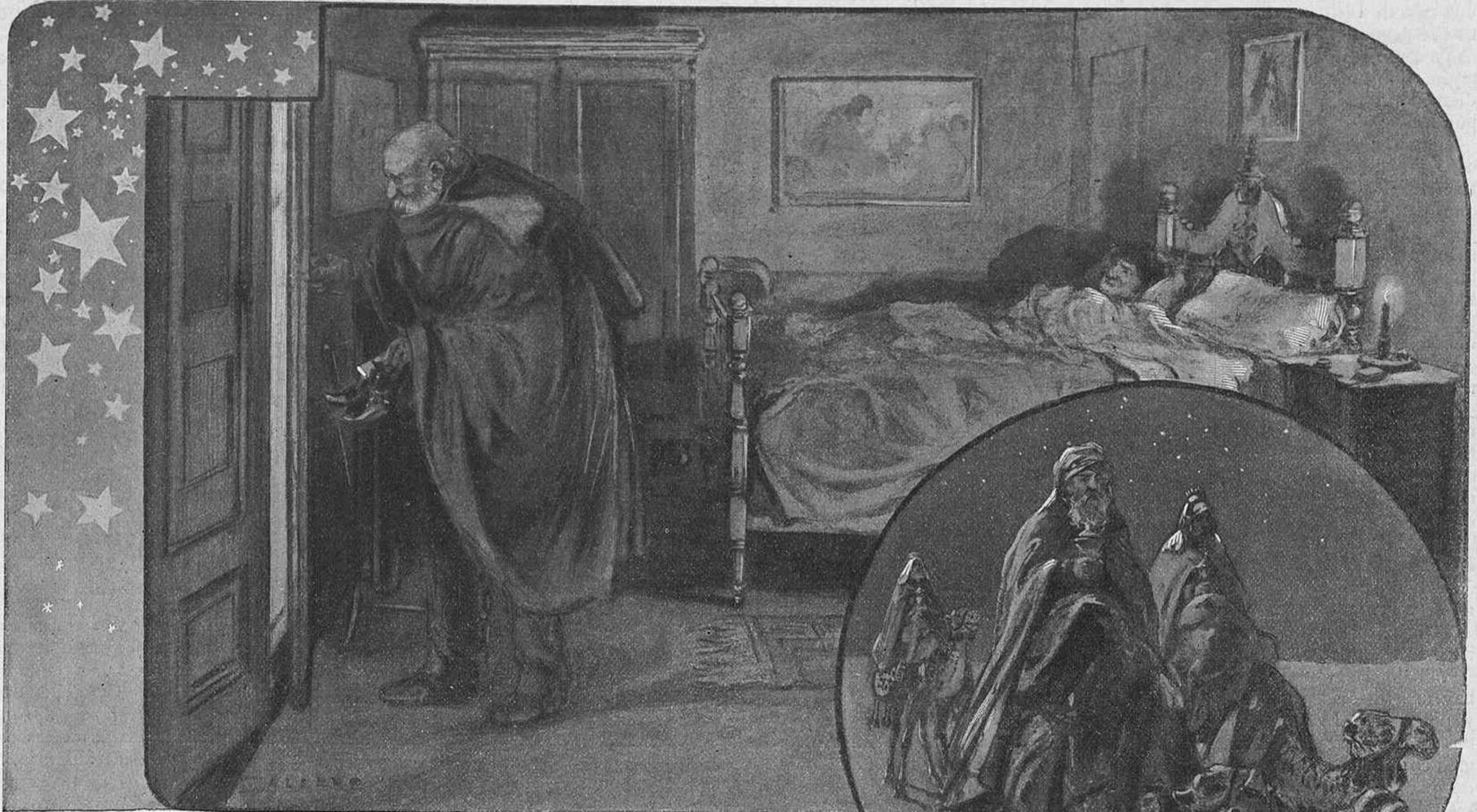
**

En los teatros de género chico ha habido gran profusión de funciones de Pascuas y de Inocentes. En la Zarzuela el público aplaude todas las noches el melodrama comprimido de Arniches, con música de Chapí, *La noche de Reyes*; en Apolo, la humorada de Sinesio Delgado *La invasión de los bárbaros*; en Lara, *El cucurucho*, y en el Gran Teatro, *La pesadilla*.

Como se ve, la gente tiene donde divertirse... Lo malo es para las empresas, que después de las fiestas de Navidad empieza la fatigosa cuesta de enero.

ZEDA.

BOUQUET FARNESE, VIOLET, 29, B^a des Italiens.



... y con los zapatos, que ya guardan la ingenua cartita, abre el balcón

LOS REYES CRUELES

Pues señor...

Estos eran unos viejecitos, muy viejecitos, comido el rostro por las arrugas y el cuerpo escuchando constantemente la voz de la tierra. Ella peinaba algunas canas; él se pasaba la mano por la calva y sonreía. Eran muy pulcros en el vestir y en el aseo de sí mismos. Cuando en las tardes de sol tibio y medroso del invierno y en las mañanas floridas alegres del verano salían de paseo, les cortejaban como una ofrenda de simpatía las buenas sonrisas de los niños, que reveían á sus abuelos, y la suave mirada de los jóvenes, que no veían un peligro ni desvanecerse una esperanza en aquella vejez.

Ella vestía una manteleta que primero fué gris; luego la tiñó de negro por respeto á la edad, y luego el tiempo la fué tiñendo de verde, porque el tiempo no sabe de respetos. Él vestía un gabancete azul, blanquecino en las costuras de los bolsillos y de los ojales, y guardaba la nieve luminosa de su barba en un cuello de piel que, no el pensar, como la cabeza del viejecillo, sino el tiempo—siempre el pícaro tiempo—había pelado. Añadid una capota muy pequeña, recogida en lo alto de la cabeza como si temiera caerse y se redujera lo más posible para evitarlo; un sombrero hongo que pasó por idénticas transformaciones que la manteleta, y os podréis imaginar cumplidamente á los viejecitos de mi cuento, que bien podían ser uno de tantos matrimonios que las mujeres enseñan á sus maridos como un ejemplo y que los viejos verdes y solterones miran como un reproche.

La casa de doña Sinfo y de D. Juan—tales eran sus nombres—estaba situada en una de esas viejas calles del antiguo Madrid, no del antiguo Madrid del Avapiés que pintaba D. Francisco de Goya cuando iba á los toros y cortejaba manolas, sino del Madrid que atravesaba para burlarse del buen Carlos IV y para olvidar los desastres de la guerra y los fusilamientos y las visiones trágicas ante el ingenio y español reír de la duquesita. Quiero hablar de esas calles donde está el Ayuntamiento y el Gobierno civil y la Diputación y se oyen las cornetas del Palacio Real y las campanas de innumerables iglesias. Son calles plácidas, tranquilas, sin vocerío, sin mujeres que charlan desde los balcones, ni tabernas ruidosas. Pues bien; en una de estas calles provincianas—¿por qué no dí antes con tal adjetivo?—vivían D. Juan y doña Sinfo.

Era la suya una casa de las de sobresalto y cuchicheos antes de abrir la puerta en los primeros días de mes; de la de rosario al caer de la tarde y del olor

á verdura cocida durante el día, y de las de bollo de leche con el chocolate, y el cocido al mediodía y los huevos pasados por agua y una ensalada para cenar, y una brisquita por la noche como espera á las diez, hora en que doña Sinfo ponía los garbanzos á remojo, apuntaba lo gastado durante el día y cerraba la puerta con doble vuelta de llave, la cual quedaba durante la noche sobre el mármol de la mesilla, porque hay «criadas tan..., tan...»

Ya en la cama, los dos viejecitos charlaban después de haber sacado de un armario el sentimentalismo de un papel, la joya de un retrato ó la reliquia de un mechón de pelo. Porque así como la gente moza lee antes de dormirse novelas para soñar con lo porvenir, y la gente madura lee los periódicos para conocer lo presente, así los viejecitos de mi cuento releían aquellos papeles, besaban los retratos y el mechón de pelo para ir en busca del pasado ó que el pasado los buscara. Igual da, toda vez que se encontraban muy gustosamente.

* *

D. Juan y doña Sinfo habían tenido un hijo. Un hijo que gastó tirabuzones de oro y trajes azules y blancos; que lloró la primera vez que fué al colegio; que fumó cigarrillos á espaldas de su padre para luego fumar puros ante sus narices; que empezó muchas carreras y no terminó ninguna; que le dieron un destino en Hacienda y que murió cuando iba á casarse con una buena muchacha de las que se arreglan el mismo sombrero durante cuatro ó cinco años; de las que conocen las obras teatrales por las revistas de los periódicos ó por algunos billetes de favor, y de las que odian, sin conocerle, al ministro A ó B porque fué el que firmó la cesantía de su padre el año 1888.

De todo aquel vivir habían quedado señales—amén de las intangibles é indestructibles del cerebro y del alma—en la casa vieja de la vieja calle del barrio viejo donde vivían los viejecitos. Y cuando por las noches arrancaban la hoja del calendario y leían la fecha ó la fiesta del día siguiente, decía doña Sinfo:

—Oye, mañana es...

—Sí; cuando Juanito...

Y abriendo el armario sacaban el recuerdo-guía que les sendereaba por los senderos un poco melancólicos, como paisaje otoñal, de la añoranza.

Así en Carnaval lloraban ante un trajecito de valenciano—doña Sinfo era de Valencia—con el cual pasearon á Juanito de casa en casa, entre la envidia de sus primos y primas, el enternecimiento de tal tía solterona y la fingida indiferencia de cuales tíos con hijos. Un lazo de raso, que fué blanco y que ahora, envidioso de los flecos de oro, amarilleaba, era una evocación de la iglesia de Santa María, la iglesia hundida detrás de una fuente arcaica. Y así, fecha tras fecha, llegaba la del día 22 de octubre, en que *La Correspondencia*—único periódico que leía don Juan—publicó lo siguiente: «Ayer falleció en esta corte el distinguido joven D. Juan...» y cuyo suelto escribió el novio de la hermana de la novia, el mismo que les enviaba butacas para los teatros.

* *

Llegó el mes de enero y llegó el día 5.

D. Juan y doña Sinfo terminaron su brisca. Doña Sinfo echó á remojo los garbanzos, tomó la cuenta á la criada y cerró la puerta, mientras D. Juan leía los «Ecos políticos» y el folletín de *La Correspondencia*.

Luego, ya reunidos, arrancó doña Sinfo la hoja del calendario y leyó en la del día siguiente: «SEIS. *La Adoración de los Santos Reyes*. 1481. *Son quemadas en Sevilla las primeras víctimas de la Inquisición*. DOMINGO.»

Sus pupilas inquietas, más brillantes por las lágrimas, se posaron sobre la cabecita rugosa de don Juan.

—Oye, mañana es el día de Reyes.

—Sí; cuando Juanito ponía las botas al balcón.

Y lentamente, arrastrando un poco los pies, se dirigió hacia el armario. Su mano fué segura hacia el lugar exacto; allí estaba la caja de las cartas. Apartó un paquete de pliegos azules, verdes, rosados, amarillos—cartas de novia cursi,—y cogió un pedacito de papel chamuscado por los años y cuyos dobleces se rompían poco á poco.

Doña Sinfo ya está bajo sábanas. Tiene la frente cubierta con un pañuelo negro y sus pupilas lacrimosas muestran igual ansiedad que si guardara secretos aquel papel que D. Juan ha posado sobre el

mármol de la mesilla—al lado de la palmatoria, de una caja de cerillas y de una caja de píldoras—mientras se desnuda.

Ya están los dos acostados y D. Juan, con voz tartajosa, que la falta de dientes y la voz se disputan, lee:

«Señores Reyes yo cero un tanbor y un trage de úsar como el que tiene mi primo Joaquín, papá y mama saven que é sido muy bueno y si qieren ustedes traeme otra cosa más se lo agradecere mucho. muchos vesos de su amiguito Juanito.»

Los viejos están llorando y conforme se besan ypretenden consolarse, más lloran y con más desconsuelo dicen:

—Vamos, hijita, vamos...

—Si no puedo menos, Juan...

—Sí; pero hay que hacerse fuerte, hijita...

Y bajo las frentes hay una visión lejana y policroma. Las calles bulliciosas y alegres con su procesión de padres. Los bazares rebosantes de ruido, de gente, de luz donde estallan los colores y suenan secos como alertas los golpes de las monedas sobre los mostradores de cristal.

Al fin apagan la luz y parecen dormirse. Por la calle pasa un coche haciendo temblar las vidrieras del balcón. Una voz de mujer grita *El Heraldo*. Pasa el estrépito de unos rabeles y unas zambombas y unos panderos. Después la calle queda tranquila. Tal vez la cruce algún trasnochador, pero no se oyen sus pasos, pues la nieve descende en gruesos copos.

De pronto, D. Juan dice apagadamente, como suspirando:

—Sinfo...

Y aunque el nombre fué dicho de modo tan tenue, ella contesta:

—¿Qué?

puede. También su alma vuelve hacia el misterio infantil.

—¿Y qué?

—Nada; que... podíamos probar. ¿No te parece?

Al día siguiente, cuando D. Juan y doña Sinfo abrieron el balcón, ya no estaban allí los zapatos. Tal vez los llevara el viento, que limpió de nieve los balcones; mas para los viejecitos de mi cuento fueron los Reyes, los Reyes crueles que les quitaron el consuelo de una añoranza de fe, y acaso la más adorable, la más buena, porque de misterio eran sus ci-mientos.

Y quitar un recuerdo á los viejos es tan criminal como tronchar las flores, ó no mirar al cielo durante los crepúsculos, ó no hablar de la Virgen á los niños...

JOSÉ FRANCÉS.

(Dibujo de Calderé.)

EL PAÍS DE CIRCE,
cuadro de
ENRIQUE SERRA

Allá, en el límite de las famosas lagunas pontinas, la falda del monte Circeo, en donde la leyenda supone que la maga Circe tuvo su residencia, ha servido una vez más para que nuestro compatriota Enrique Serra, el artista poeta, ejecutase una de sus más bellas composiciones, escribiendo otra simpática página, otra nota agradabilísima de esa región, tan rica en monumentales ruinas y abundante en con-

trastes, pero mortífera por efecto del paludismo. El nuevo cuadro de nuestro amigo, de encantador efecto, es digno compañero de los que anteriormente ha producido. No podemos afirmar si supera á los demás, pero si hemos de hacer constar que atrae por su belleza y distinción, que es una nueva nota personal y que dentro de la realidad idealiza paisajes de esa comarca italiana que sólo nuestro amigo ha sabido reproducir de manera que cautiva.

Mucho debiera agradecer Italia á nuestro compatriota, puesto que durante su ya larga permanencia en aquel país ha producido un considerable número



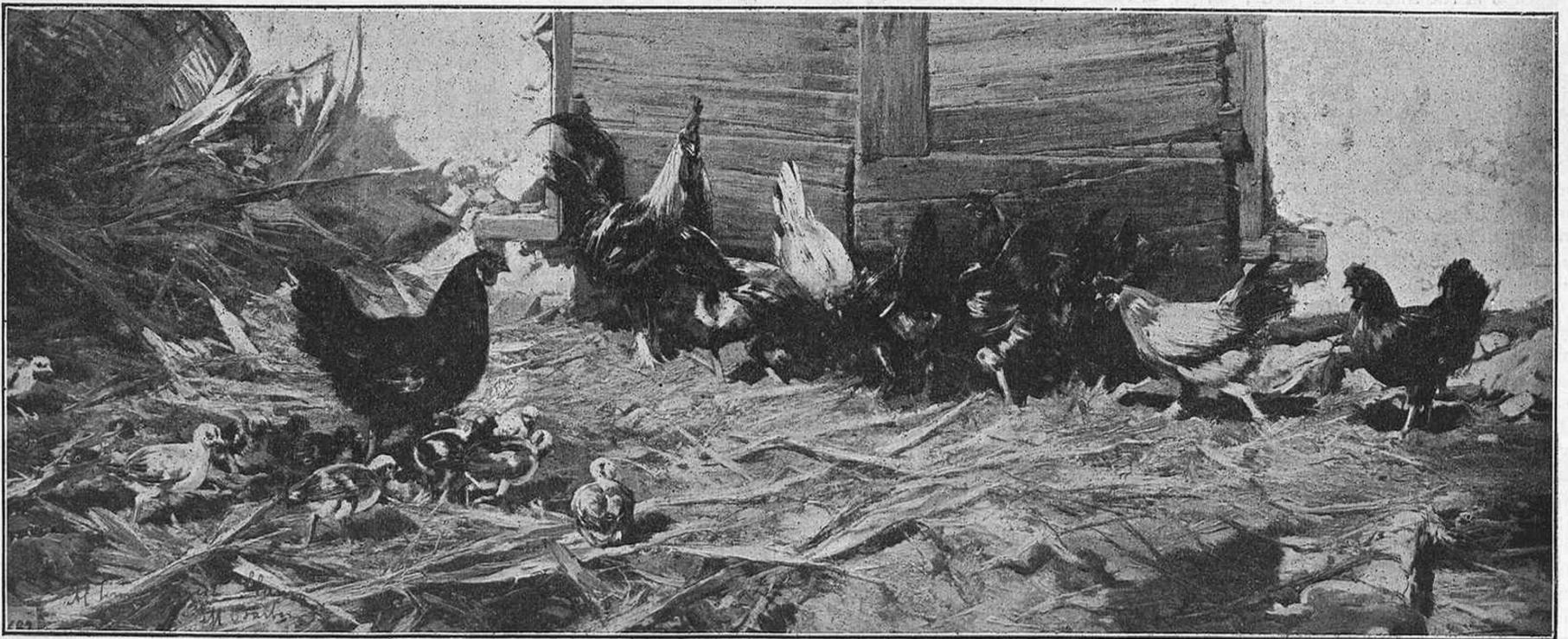
Galeotes, grupo en bronce de Nicolás Friedrich

—Hace mucho frío, Juan.

La objeción es débil, como si temiera ser atendida. D. Juan se levanta de nuevo, se viste de nuevo, se emboza en la capa y coge del armario unos zapatitos de charol. También son recuerdos de tardes gozosas en que corrieron sobre la arena dorada del parterre.

—¡Ten cuidado, hijo; á ver si te enfrías!

Pero D. Juan sonríe con la despreocupación de los muy audaces; y con los zapatos, que ya guardan la ingenua cartita, abre el balcón. Una bocanada de aire frío agita la luz. Algunos copos se prenden en los embozos de la capa. D. Juan cierra de golpe y la



El gallinero, cuadro de Mariano Barbasán

Tampoco dormía. —¿Sabes?... Estoy pensando... que quizás sea verdad eso de los Reyes... Ella quisiera sonreír, quisiera ser burlona, pero no

luz queda tranquila. Aquella noche los dos viejecitos soñaron con la cabalgata que avanzaba entre el incendio de las antorchas y el piafar de los caballos y el lujo de las áureas coronas y el sangrar de los rubíes...

de obras cuya finalidad ha sido la de dar á conocer cuanto ofrece medio para apreciar las bellezas y encantos que encierra, avaloradas en el lienzo con el poderoso esfuerzo del artista.—G.



EL PAIS DE CIRCE cuadro de Enrique Serra

EL ABATE PEROSI Y SU ESCUELA DE CANTO

Pío X no sólo se preocupa de los grandes problemas cuya solución como cabeza visible de la Iglesia de Jesucristo le está encomendada, sino que atiende también á otros asuntos menos trascendentales, pero igualmente dignos de que en ellos se fije quien debe velar por todo cuanto atañe á la religión.

Una de las reformas más importantes debida á su iniciativa es la de la música religiosa. Sabido es que durante muchísimo tiempo la música que se ejecutaba en las iglesias tenía un carácter enteramente profano; pues bien, el actual papa ha querido poner fin á tal abuso, y en su encíclica *Motu proprio* ha ordenado terminantemente que se vuelva á la gloriosa tradición, desterrando de los templos toda aquella música que no se ajuste á la severidad que ha de revestir el arte de los sonidos cuando con él se quiere honrar é invocar á Dios.

Inteligente colaborador de Pío X en tan laudable obra ha sido el abate Perossi, el compositor eminente á quien tanta y tan justa fama han conquistado sus magníficos oratorios y á quien S. S. ha confiado la dirección de la célebre Capilla Sixtina. Para la realización de los propósitos pontificios ha creado Perossi una escuela de canto en la que multitud de niños reciben las enseñanzas de la verdadera música religiosa. Pero esa escuela tiene además otro fin digno de los mayores elogios, cual es el de suprimir los hombres tipes de la capilla, substituyéndolos, á medida que dejan vacantes sus puestos, con los monaguillos en la misma educados. De esta suerte, en poco tiempo quedará extinguida una institución que pugnaba con las leyes de la naturaleza y era indigna de una sociedad civilizada.

EL CARDENAL MERRY DEL VAL

La Santa Sede atraviesa actualmente una situación difícilísima á causa de la separación de la Iglesia y del Estado en Francia, sobre todo por las circunstancias en que esa separación se ha efectuado y por los incidentes á que ha dado lugar. Esto hace que el mundo católico tenga puesta su atención en la persona que en estos momentos tiene á su cargo la dirección de la política internacional de la Santa Sede,

simos é indiscutibles de la Iglesia. Pero hay que decir, en honor de la verdad, que las censuras parten de los que no aceptan las doctrinas católicas ó de los que las aceptan tibiamente, al paso que todo el alto y el bajo clero de Francia y todos los católicos franceses y del mundo entero acatan sin la menor protesta la política seguida por la Santa Sede en las actuales circunstancias.

El papa, por su parte, tiene puesta toda su confianza en el secretario de Estado, y esta es, sin duda, la mejor sanción de la política por él seguida en los asuntos de Francia.

Monseñor Merry del Val, aunque es español, nació en Londres en 10 de octubre de 1865; hizo sus estudios en Inglaterra, recibió las sagradas órdenes y casi inmediatamente después de su elevación al presbiterado fué llamado á formar parte de la Prelatura romana, en la que, por su saber, por sus virtudes y por su celo religioso, se granjeó el respeto y la estimación de todos. En 1897 fué enviado al Canadá con la misión de resolver el gravísimo asunto de las escuelas de Manitoba; años más tarde, fué nombrado presidente de la Academia de Nobles Eclesiásticos, y en 1902 recibió el encargo de representar á León XIII en las fiestas de la coronación de Eduardo VII de Inglaterra, el cual colmóle de atenciones y tuvo para el

joven delegado apostólico extraordinarias preferencias. En el último conclave, del que salió elegido papa Pío X, actuó de secretario y mereció unánimes alabanzas por las condiciones de actividad y de talento excepcionales que desplegó en ocasión tan ardua y trascendental.

Monseñor Merry del Val es hombre de gran cultura y de trato afable y habla con corrección el español, el francés, el italiano, el inglés y el alemán.—S.



ROMA. — EL ABATE PEROSI Y LOS MONAGUILLOS DE LA ESCUELA DE CANTO DIRIGIDA POR ÉL Á QUIENES EDUCA PARA SUBSTITUIR Á LOS ANTIGUOS TIPLES DE LA CAPILLA SIXTINA. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

es decir, en Monseñor Merry del Val, secretario de Estado de S. S. el papa Pío X.

La conducta del joven cardenal en esta ocasión ha sido y sigue siendo muy discutida; y mientras unos censuran en él lo que llaman pernicioso intransigencia porque no se doblega ante las pretensiones de la potestad civil francesa, otros en él alaban lo que califican de noble entereza porque no quiere transigir con lo que constituye los derechos sacra-



ROMA. — EL CARDENAL MERRY DEL VAL, SECRETARIO DE ESTADO DE S. S. EL PAPA PÍO X, EN SU DESPACHO. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)



BARCELONA. - INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO Á FEDERICO SOLER («SERAFÍ PITARRA»), EFECTUADA EL DÍA 26 DE DICIEMBRE ÚLTIMO. ASPECTO DE LA PLAZA DEL TEATRO Y DE LA TRIBUNA OFICIAL. (De fotografía de A. Merletti.)

BARCELONA. - MONUMENTO A FEDERICO SOLER

Barcelona ha pagado al fin la deuda que tenía contraída con uno de sus hijos más preclaros, Federico Soler; y decimos «al fin,» porque la justa fama de popular autor dramático bien merecía que no hubieran de transcurrir once años entre la fecha de su muerte y la inauguración del monumento erigido á su memoria.

Mucho se ha discutido sobre la personalidad literaria de *Serafi Pitarra*. En los comienzos de su carrera, no faltaron severos aristarcos que censuraron la desenvoltura de sus *Gatadas*, tachándolas de profanaciones, y la vulgaridad de su lenguaje, que estimaban como punible atentado al idioma clásico de Cataluña. Tampoco escasearon los censores cuando el dramaturgo, en el apogeo de su gloria, daba al teatro sus producciones serias, que calificaban de artificiosas y falsas. Y últimamente, una parte de la actual generación, influenciada por las tendencias modernas y situándose en el momento actual, sin volver atrás los ojos, mira con cierto desdén la «obra pitarresca» y apenas si le concede un lugar modesto en la historia de las letras catalanas.

Pero todos ellos, los que antes y ahora formularon y formulan, desde sus respectivos puntos de vista, juicios desfavorables sobre Federico Soler, han sido impotentes los unos para evitar que el poeta avanzara por un camino siempre sembrado de laureles, y los otros para que su nombre pasara á la posteridad envuelto en una aureola que sólo al verdadero mérito se otorga. Y cuando esto acontece, cuando una personalidad triunfa en vida y su celebridad persiste después de su muerte, es prueba evidente de que algo debió haber en ella que la hiciera digna de esta supervivencia y de aquel triunfo.

¡Y quién duda de que no algo, sino mucho de esto hubo en la personalidad de Federico Soler! Él fué el primero que llevó á la escena las costumbres de nuestra clase media y de nuestra gente del campo; que revistió con las galas

de la poesía dramática los más grandes hechos de nuestra historia; y sobre todo que dió, por decirlo así, la beligerancia en el teatro al idioma catalán. ¿Parecen pocos esos méritos? Si los que hoy se los regatean á *Serafi Pitarra* pudieran trasladarse con el pensamiento á los comienzos del último tercio de

la anterior centuria y vivir en el ambiente social y político de aquellos tiempos, comprenderían el titánico esfuerzo que la obra de aquél significa y la influencia enorme, decisiva, que ejerció, no sólo en el renacimiento literario, sino en lo que es más trascendental, en el despertar del espíritu de Cataluña.

Aparte de esos merecimientos, los que hemos visto cómo durante una generación todas las clases sociales de Barcelona llenaban el teatro del Odeón primero y el de Romea después para aplaudir á su autor predilecto; los que recordamos el interés con que se esperaban sus frecuentes estrenos; los que por espacio de tantos años hemos presenciado una compenetración entre el dramaturgo y el público tan absoluta, tan íntima, como tal vez jamás se había visto ni vuelva á verse nunca, bien podemos afirmar que, sea cual fuere el juicio que hoy merezca su obra literaria, *Pitarra* fué el poeta de una época y de un pueblo, al que hizo reír y llorar á su antojo y que veía en él, más que el fundador, la personificación del Teatro Catalán.

Justo era, pues, que Federico Soler tuviera un monumento en Barcelona; y si hubiese podido caber de ello alguna duda, habría quedado enteramente desvanecida ante el hermoso espectáculo que ofrecían las Ramblas y la plaza del Teatro en el momento de la inauguración. Representantes del Ayuntamiento, de la Diputación y de todas las corporaciones literarias y artísticas acudieron á rendir homenaje al poeta; pero lo que dió mayor solemnidad al acto fué la presencia de una multitud inmensa, que al prorrumpir en un aplauso estruendoso, interminable, cuando cayeron las telas que envolvían el monumento, emitió el más elocuente veredicto en pro de la glorificación de *Pitarra*.

El alcalde Sr. Sanllehy y el poeta D. Conrado Roure, de la comisión organizadora, pronunciaron elocuentes discursos enaltecendo la obra de Federico Soler, discursos á los que el hijo de éste, el notable pintor y literato señor Soler y Bergnes de las Casas, contestó con frases de agradecimiento.—S.



BARCELONA. - MONUMENTO Á FEDERICO SOLER («SERAFÍ PITARRA»), obra de Agustín Querol (escultor) y de Pedro Falqués (arquitecto). (De fotografía de A. Merletti.)



REYES, dibujo de Arcadio Mas y Fondevila



REYES, dibujo de Arcadio Mas y Fondevila

EL PROFESOR JOSÉ PETACCI

Como substituto del Dr. Lapponi, recientemente fallecido, S. S. el papa Pío X ha nombrado al Dr. José Petacci.

El nuevo médico pontificio tiene sesenta años, es hombre vigoroso, perfectamente conservado y director del hospital del Niño Jesús. Procede de una familia que profesa los principios más genuinamente conservadores; pero ello no es óbice para que sea muy apreciado por las más ilustres familias liberales.



El doctor JOSÉ PETACCI, nuevo médico de S. S. el papa Pío X (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

LA RADIO-TELEGRAFÍA AUTOMÓVIL

El marqués de Solari, secretario de Marconi, el inventor de la telegrafía sin hilos, ha hecho recientemente en Milán ensayos militares de un nuevo aparato en el que se juntan, en admirable consorcio, los dos grandes factores del progreso moderno: el automóvil y la radio telegrafía.

El vehículo construido por el Sr. Solari utiliza su fuerza motriz, no sólo para la tracción del aparato y para montar rápidamente un sistema de antenas desplegadas sobre la cubierta del automóvil, sino también para producir la energía eléctrica necesaria para la formación de las ondas hertzianas.

En menos de diez minutos, la estación, de la que en esta página damos dos interesantes vistas, se halla en condiciones de enviar radio-telegramas a una distancia de 150 kilómetros.

EL CORONEL EDUARDO MÜLLER

NUEVO PRESIDENTE DE LA CONFEDERACIÓN SUIZA PARA 1907

El coronel Eduardo Müller nació en Dresde en 12 de noviembre de 1848, y su padre, hombre de posición modesta, intervino en las agitaciones políticas de aquella época borrascosa en Alemania y en Suiza. Siendo aún muy niño, Eduardo fué llevado a Berna, en donde hizo con gran brillantez sus estudios literarios y de derecho, que completó en las univer-

rosa y excelente clientela. En 1888 fué elegido alcalde de la capital federal, y siete años después, á la muerte del consejero federal Schenck, que hacía veinticinco años que representaba al cantón de Berna en el gobierno de la Confederación, los berneses, por unanimidad, le nombraron para este importante puesto. Müller desempeñó primeramente la cartera de Justicia, pero luego se encargó del departamento militar, al que le llamaban sus especiales aptitudes, ya que había hecho toda la carrera hasta el grado máximo de coronel de división.

CRISTIANÍA. - MONUMENTO Á ENRIQUE IBSEN

El hijo del gran dramaturgo noruego ha erigido recientemente en Cristianía á la memoria de su padre el monumento que el adjunto grabado reproduce.

Consiste en un obelisco de roca del Labrador, piedra negra con cristales de diferentes colores, que mide 5'25 metros de altura y ha costado 4.000 coronas (5.200 francos).



CRISTIANÍA. - MONUMENTO ERIGIDO Á ENRIQUE IBSEN POR SU HIJO. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

Al pie del monumento hay una corona enviada por la sociedad literaria italiana Amerigo Vespucci.

ción de Invierno de la Real Academia de Londres, la impresión que produjo esa obra fué extraordinaria, y se asegura que por ella ofrecieron á su poseedor 1.250.000 francos. *La Adoración de los Reyes Magos* es realmente un dechado de bellezas por la riqueza de su composición, por su dibujo maravilloso y por la pastosidad y armonía de su colorido, y figura con razón en el número de las obras clásicas del arte flamenco antiguo, al lado de las mejores telas de Van Eyck, David y otros maestros no menos ilustres.

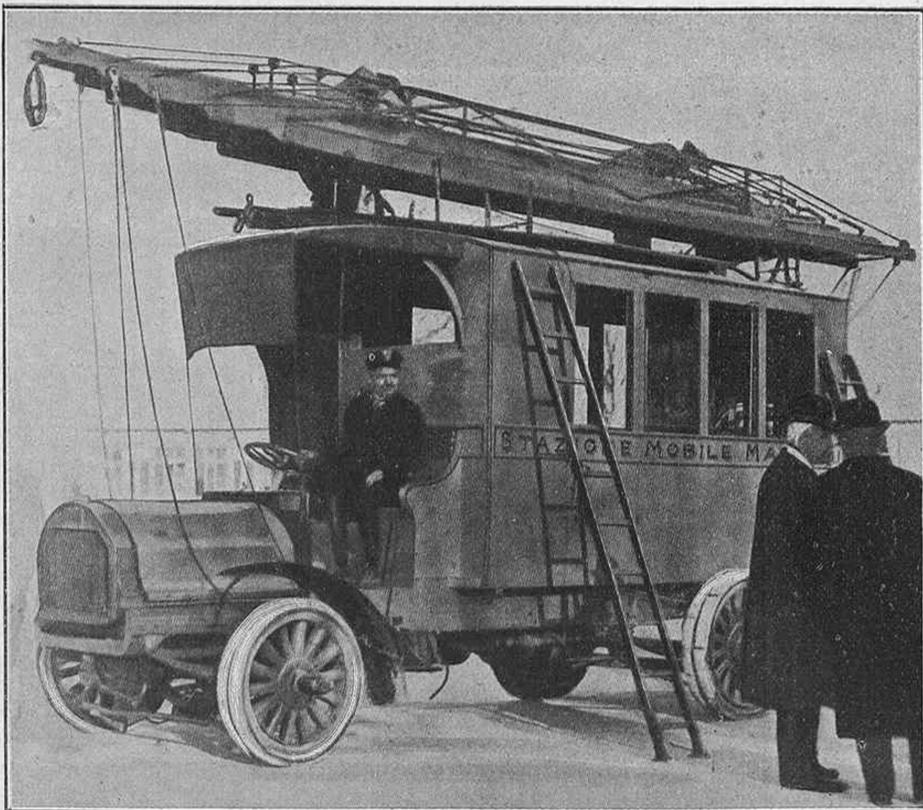


El coronel EDUARDO MÜLLER, elegido presidente de la Confederación Suiza para el año 1907

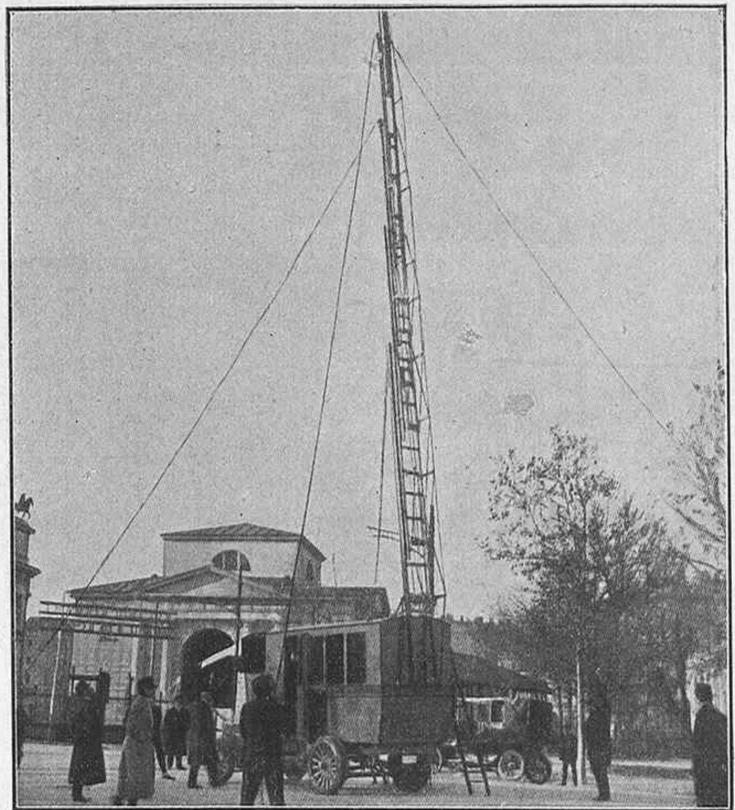
Galeotes, escultura de Nicolás Friedrich. - En la última exposición de las llamadas artistas secesionistas de Berlín fué muy admirada esa escultura de colosales proporciones, elogiándose en ella la perfección con que están modeladas las vigorosas figuras de los esclavos, y sobre todo la naturalidad de sus actitudes, en las que se hallan expresados con realidad pasmosa el cansancio físico y el reposo reparador.

El gallinero, cuadro de Mariano Barbasán. - De género y procedimiento distintos es el cuadro que hoy publicamos de Mariano Barbasán, comparado con el *Mercado de Anticoli*, que ha poco dimos á conocer á nuestros lectores. Aquél, minucioso, admirablemente pintado, rico en detalles y en colorido, mereció lisonjeros juicios en la Exposición de Roma, siendo adquirido por el inteligente parisiense el vizconde D'Agrain. El á que hoy nos referimos ha de estimarse como un hermoso estudio del natural discretamente observado, constituyendo lo que los artistas denominan una nota de color, notable cual lo son todas las que produce nuestro excelente amigo.

Reyes, dibujos de A. Mas y Fondevila. - A muchas consideraciones se prestan esas dos hermosas composiciones; pero ¿á qué hacerlas nosotros si forzosamente se han de ocurrir á cuantos se fijan en el contraste que de mano maestra ha trazado el celebrado dibujante? Esas dos páginas son bellísimas artísticamente consideradas; y sin embargo, aún hallamos en ellas mayores bellezas si las contemplamos con los ojos del



El carro automóvil radio-telegráfico en marcha



El carro automóvil radio-telegráfico en funciones

MILÁN. - EXPERIMENTOS DE APARATOS MOVIBLES PARA LA RADIO-TELEGRAFÍA MARCONI. (De fotografías.)

sidades germánicas, alcanzando el doble diploma de doctor y de abogado.

En 1872 fué nombrado presidente del tribunal del distrito de Berna, cargo que sólo desempeñó dos años, pasados los cuales abrió bufete de abogado, no tardando en tener nume-

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

La Adoración de los Reyes Magos, cuadro de Juan Gossaert. - Cuando hace cosa de quince años el conde de Carlisle expuso por vez primera ante el gran público ese cuadro en la Expositi-

alma, si penetramos en la intención que en ellas puso su autor, si con la imaginación nos trasladamos á los respectivos hogares de los personajes principales que en las mismas figuras, si medimos, en fin, la intensidad del goce que ellos y sus hijos han de sentir en la mañana del día de Reyes.



La desgracia de tu tío Marcos fué el principio de todas nuestras penas

EL MIEDO A LA VIDA

NOVELA POR ENRIQUE BORDEAUX, coronada por la Academia Francesa

ILUSTRACIONES DE CARLOS VÁZQUEZ

(CONTINUACIÓN)

—La casa de banca de tu tío Marcos en Annecy prosperaba; pero un empleado de toda su confianza desapareció, llevándose títulos y depósitos. Incapaz de hacer frente á la tormenta pasajera que esta huída iba á provocar, Marcos se suicidó en aquellos primeros momentos de estupor. ¡Ojalá Dios le haya dado tiempo de arrepentirse de ello! Tu padre marchó en seguida; puso en claro la situación. Todo se pagó, capital é intereses, pero tuvimos que sacrificar casi toda nuestra fortuna. Sólo hemos conservado el Maupas, nuestra casa solariega.

—Sí, dijo Marcelo. El Maupas es para cada uno de nosotros la imagen viva de nuestra dichosa infancia.

—Antes de entregar sus bienes, siguió diciendo la señora Guibert, tu padre pidió á los demás hijos, como á ti, su consentimiento.

—Sí; me acuerdo que era al empezar la campaña. Papá, al pedirnos el consentimiento, lo hizo por un exceso de delicadeza. A mí estas cuestiones de dinero me resultan completamente extrañas, me son indiferentes.

—Paula también fué consultada.

—En aquella cuestión se jugaba nuestro nombre y nuestro honor, dijo ésta.

—Se jugaba tu dote, hija mía... Aquella muerte trágica afectó mucho á tu padre. Su alegría desapareció para siempre. Redobló su energía, su trabajo. Cuando estalló la epidemia en Cognin, no economizó sus fuerzas. El mal le atacó al final, cuando estaba agotado por los esfuerzos y las fatigas. Desde el primer día se vió perdido. Sin embargo, no me lo dió á conocer. Lo comprendí después. Él mismo seguía la marcha de su enfermedad. Un día me dijo: «No te preocupes. Dios te ayudará.» Yo rectificué diciendo: «Sí, Dios nos ayudará.» Pero él no me contestó; seguramente pensaba en la muerte, que se

—¡Ya seca!

Marcelo, saturado de melancolía, vió en aquella hoja un símbolo.

—Se ha secado en pleno verano. ¡Cuántas hay que caen en plena primavera!

Pensaba en la muerte temprana de su hermana Teresa; pensaba en él mismo, que muchas veces había visto la muerte de cerca. Pero pronto desechó este fúnebre presagio.

—Corta ó larga es preciso llevar la vida con valor. Así hizo mi padre; lejos de abatirme, su recuerdo me da nuevas fuerzas.

Y siguió interrogando:

—¿Esteban se marchó en seguida al Tonkín?

—Sí, dijo la madre. Ya te acuerdas del primer viaje que hizo con la comisión de la Compañía Lionesa encargada de trabajos de exploración y estudio. Entonces pudo convencerse de la riqueza de las minas y del suelo, y admirar las bellezas de aquellas costas salvajes. Se ha instalado con su esposa en la bahía de Along; ¿es así cómo se llama, Paula?

La joven aprobó con la cabeza y su madre siguió diciendo:

—Dirige la explotación de unas minas de hulla. Al propio tiempo, tiene unas plantaciones de tomates y unos arrozales. Francisco se le ha incorporado, lo mismo que tu primo Carlos, el hijo del tío Marcos. Les va muy bien: ¡Dios les bendiga! Esteban nos ayuda mucho.

—¿Y su mujer se marchó contenta?

—Luisa tiene tanta serenidad como valor. Se embarcaron ocho días después de su matrimonio. Ya tienen un hijo. Yo no le conozco y ya le quiero.

Paula añadió:

—Cuando se casó Luisa, fué un escándalo en Chambéry. Todas las señoras compadecían á su ma-

iba acercando. Murió en nuestros brazos con todo el conocimiento.

—Yo era el único que no estaba, dijo Marcelo.

—Alrededor de la cama se hallaban Esteban, que había venido de Tonkín para casarse, Francisco, Paula y la prometida de Esteban, Luisa Saudet.

—¿Y Margarita?

—No pudo venir, murmuró la viuda sin amargura, pero no sin tristeza. No le dieron permiso. Pertenece á Dios. No la hemos vuelto á ver desde que entró en el convento.

Los tres guardaron silencio, entregándose á los recuerdos. Alrededor de aquellos tres seres que pensaban en la muerte, la vida de las cosas palpitaba en el aire. Una hoja quemada por el sol, precursora del lejano otoño, se cayó del árbol, lentamente, como sostenida por la templada atmósfera. Con el dedo Paula la enseñó á su hermano.

dre. «¿Cómo deja usted marchar á su hija?» Le atribuían una imperdonable sequedad de corazón. La señora Saudet veía á Luisa feliz, y esta felicidad le bastaba. Las otras sólo pensaban en ellas mismas y en su tranquilidad; pues como dice el Sr. Dulaurens, *ante todo es preciso la tranquilidad...*

Un nombre pronunciado por casualidad en una conversación parece atraer la presencia de la persona nombrada. De estas coincidencias fortuitas ha nacido un refrán. Un coche atravesaba la verja y se internaba por la avenida de castaños; Paula reconoció al coche de los Dulaurens.

—Habían dejado de visitarnos, observó la señora Guibert poniéndose colorada.

Valerosa ante la vida, se volvía tímida ante la gente.

—Esto se lo debemos al héroe, dijo Paula bromeando con su hermano.

Se levantaron, saliendo al encuentro de los visitantes, cuando el coche salía ya de la avenida y pisaba la arena del patio. La señora Dulaurens bajó la primera, y aludiendo al capitán saludó á la señora Guibert diciéndole:

—¡Ah, señora, qué orgullosa debe usted estar de su hijo!

La señora Dulaurens se llamaba de Vélincourt de apellido y no lo olvidaba en ninguna circunstancia de la vida. Este título la autorizaba á considerar todas sus atenciones como altas mercedes, y á cubrir con su protección bondadosa los méritos y hazañas que deberían ser privilegio exclusivo de la aristocracia, y que por lo menos á ésta tocaba acaparar su prestigio celebrándolos ruidosamente.

Medio oculto detrás de su esposa, el Sr. Dulaurens hacía inútiles reverencias. Iba vestido de gris de pies á cabeza, desde los zapatos al sombrero. Su instinto había descubierto el color que más le convenía. Sentía una tímida admiración por su mujer, que se había casado con él, á pesar de su baja procedencia, á causa de una fortuna considerable, pero que le daba á comprender sin cesar, con su actitud, lo grande del sacrificio. Su matrimonio, de donde procedían su vanidad y sus ideas políticas, le obligaba á un profundo respeto hacia la nobleza, simbolizada, para él, en su arrogante esposa, alta y gruesa, de rasgos acentuados y dominadores, autoritaria y caprichosa.

Alicia bajó la última. Llevaba un traje de un azul pálido, encantador, como los tonos delicados del mar al amanecer, y aquel color, tan armónico con su rostro, realizaba más su radiante dulzura. Avanzó con aquella graciosa languidez que daba á su belleza un emocionante temor de fragilidad. En seguida Marcelo no vió á nadie más que á ella. Respondía sin gusto á los cumplimientos abrumadores, que su modestia y sentimiento del honor militar le hacían insoporables.

Sin duda alguna aquella visita era para él. Él era la causa y el objeto. Aunque demostrando á la señora Guibert y á Paula cierta cortesía y hasta cierta amabilidad—cortesía orgullosa y amabilidad condescendiente de cuyos matices la madre no se dió cuenta, pero que no pasaron inadvertidos á la hija, más perspicaz y conocedora de la sociedad,—la señora Dulaurens, antes de Vélincourt, se dirigía constantemente á Marcelo, como si quisiera apoderarse de su gloria y llevársela en su coche.

—Pero á usted, acabó por decir, á pesar de que hace días que ha llegado, no se le ha visto por ninguna parte. Parece que quiere usted ocultarse, y esto no es su costumbre. Y si no, que lo diga el enemigo.

Decir *el enemigo* era un medio vago y cómodo de designar aquellos pueblos lejanos, cuyos nombres complicados no recordaba.

El Sr. Dulaurens, admirador sincero de la actividad y el valor ajenos, quiso acentuar la alusión de su esposa:

—¡Ah! Ha sido una campaña muy ruda. La imprevisión del gobierno... No debían ustedes estar muy tranquilos...

Esta última frase por poco hace soltar la risa á Paulina. Brotaba con tanta frecuencia de labios del

Sr. Dulaurens que le había valido el nombre de «El caballero Tranquilo,» uniendo en un solo mote sus pretensiones aristocráticas y su amor á la paz.

Su esposa siguió diciendo:

—Todos nuestros amigos desean conocerle. Ya sabe que mi casa está á su disposición, si quiere usted honrarnos con su presencia.

Y como si en aquel momento se enterase de la presencia de Paula, añadió:

—Lo mismo digo á su hermana.

Tolerarían á la hermana; aquella pequeña pausa le daba entender perfectamente.

Fué Paula quien respondió:

—Se lo agradecemos mucho, señora, pero llevamos luto.

—Medio luto. A los diez y ocho meses, los jóvenes pueden empezar á salir, sobre todo por las tardes.

Y volviéndose de nuevo hacia el capitán, añadió:

—El domingo vamos á la batalla de flores de Aix. Venga usted con nosotros. Sólo para dar un paseo. Por la tarde comeremos en el Casino con unos amigos. Encontrará usted algunos compañeros, el conde Marthenay, teniente de dragones; el teniente Berlier que, según creo, es amigo de usted; que por cierto se casa, según dicen, con Isabel Orlandi, una verdadera belleza.

Dió esta falsa noticia que acababa de inventar, para herir á la orgullosa Paula que pretendía oponerse á sus proyectos. Las mujeres presienten, no sé cómo, por arte de adivinación, debido al deseo de agrandar y de causar una molestia, las afinidades en virtud de las que los espíritus, los corazones ó los cuerpos se buscan y se escogen. ¿Acaso no hay algunas mujeres que, para animar una comida, colocan á sus convidados sospechando simpatías que á veces ellas mismas hacen nacer? La murmuración de la sociedad manifiesta una rara intuición y un espíritu analítico maravilloso; la mayor parte de las veces no se apoya en ninguna prueba positiva y ni siquiera presenta caracteres de veracidad; pinta los personajes al natural, seguramente con crueldad, pero siempre muy parecidos.

Al oír á la señora Dulaurens, Paula ni siquiera pestañeó, sea que supiese dominarse ó que aquella noticia le fuese indiferente por completo.

—¿Podemos contar con usted?, insistió la primera, como si quisiese oír la contestación solamente de los labios de Marcelo.

Alicia contemplaba dulcemente, con sus ojos del color del pálido cielo de Saboya, al joven oficial.

Paula con sus ojos sombríos también le miraba. Marcelo comprendió que la señora Dulaurens quería separarlo de su hermana, y guiado por el espíritu de familia que el doctor Guibert había inculcado á sus hijos, rehusó:

—Se lo agradezco mucho, señora. Mi regreso reanuda tristes recuerdos, y deseo no salir del Maupas.

Un relámpago de alegría brilló en los ojos negros, mientras dos largas y vibrantes pestañas de oro cubrían los ojos azules entornados.

—Tiene necesidad de descanso, añadió la señora Guibert.

Alicia, que seguía mirando la arena del patio, dijo poniéndose colorada:

—Su padre de usted me curó. Otras veces usted venía á menudo á la Chênaie. Paula era mi mejor amiga. Es preciso que no nos abandonen ustedes.

Al alzar sus ojos azules, encontró la mirada de Marcelo, y sonrióse. Sus mejillas se pusieron de nuevo coloradas; el curso rápido de su sangre seguía los movimientos secretos de su corazón.

—Seguramente irán á visitarla, señorita, dijo la señora Guibert, algo sorprendida del silencio de Paula.

—¿Señorita? Antes me llamaba usted Alicia.

—Hace ya mucho tiempo. Entonces era usted muy niña.

—Aun casi lo soy.

La señora Dulaurens no podía convencerse del fracaso de sus gestiones. Su sueño dorado consistía en el éxito de sus *matinées*. Con el héroe de Madagascár pensaba vencer á su rival, la baronesa de Vittoz, que exhibía en sus salones á un explorador gótico, que tomaba las aguas de Aix. Ella había comprobado las noticias dadas por Juan Berlier; la historia del joven capitán era brillantísima; su resolución y su audacia habían asegurado el éxito de una parte de la campaña. Su nombre citado varias veces en la orden del día, la condecoración y el tercer galón pregonaban su mérito. De modo que podía ser un gran adorno vanidoso para sus salones. Este género de celebridades seducía á la guerrera señora Dulaurens mucho más que reputaciones literarias y científicas. ¡Y además, no era conveniente estimular al conde de Marthenay, que no se apresuraba á pedir la mano de Alicia!

—No quiero creer que rehuse usted, dijo, dando la señal de despedida. Así es que le esperaremos en Aix el domingo.

Y encontrando maquinalmente su primera frase de saludo á la viuda Guibert, repitió con un tono meloso que contrastaba con su carácter:

—¡Todas las madres la envidian!

Alicia se despidió con gracia especial de Paula, que se mantuvo fría. El coche había pasado la verja y aún seguía Marcelo mirando hacia la puerta desierta. En su absorción no se dió cuenta de que Paula le contemplaba con triste afecto.

—¿En qué piensas?, le preguntó ella.

Él volvió la cabeza, con sonrisa algo melancólica como comprendiendo su debilidad.

—¿No te parece que debemos ir á visitarles?, dijo, y quedó sorprendido del efecto de esta pregunta, pues la cara de Paula se ensombreció y sus ojos se velaron.

—¡Ya no te bastamos nosotras!, exclamó ésta.

En seguida se dominó, añadiendo con voz firme:

—Yo no pienso ir. No me han invitado.

—¿Cómo no? Dijo Marcelo.

—¡Oh! ¡De mala gana! Ya me lo ha dado á conocer la señora Dulaurens.

—Paula, ya sabes que yo no iré si tú no vas.

—Entonces no vayamos. Quedémonos aquí solos.

¡Nosotras te queremos tanto! ¡Somos tan dichosas guardándote para nosotras solamente! Quédate. Desde hace mucho tiempo la casa está silenciosa y llena de sombras. Pero tú has llegado y has hecho que entre en ella el sol.

—Sí, hijo mío, añadió su madre. Quédate con nosotras.

La frente de Marcelo se llenó de sombras. No le gustaba que ejerciesen presión sobre su independencia, y la soportaba malamente aun de las personas más queridas. Pero sobre todo se encontraba descontento de sí mismo. Acababa de regresar resuelto á aislarse en el Maupas para respirar, hasta la saturación, el perfume de su tierra natal y el recuerdo de sus muertos, dando de este modo un poco de alegría á su madre y hermana, y bastaba la visita de una muchacha para desbaratar todos sus proyectos, humillando su orgullo y su voluntad.

A pesar de las cariñosas instancias de su madre y Paula, guardó silencio. Ésta no pudo ver por más tiempo triste á su hermano, y dijo:

—Mira, tú puedes ir á la Chênaie. Pero yo no puedo acompañarte porque no tengo trajes para ello.

Marcelo contestó en seguida, revelando en su respuesta la persistencia de su deseo:

—Te los compraré, Paulita. Aún me quedan algunas economías.

—¿A pesar de lo que nos has mandado?, dijo la señora Guibert mirando tiernamente á su hijo, como si aún no hubiese podido acostumbrarse á verle tan cerca de ella.

Antes de acostarse, mientras la viuda se dedicaba con su paso lento á hacer su ronda cotidiana para convencerse de que la casa estaba bien cerrada, Paula, en el salón, á solas con Marcelo, vió que éste se absorbía de nuevo en extraños pensamientos; acercósele, apoyó dulcemente la mano en su espalda y dijo:

—¿Sueñas en la hermosa Alicia?

Estas palabras fueron pronunciadas tan cariñosamente, que él se sonrió.

—No, contestó, negando su flaqueza.

Pero en seguida la confesó, añadiendo:

—¿Verdad que es hermosa? ¿Es amiga tuya?

—Nos educamos juntas en el Sagrado Corazón. Es de mi edad ó tal vez algo más joven. En el colegio me profesaba un cariño de hermana menor, pues tiene un carácter dulce y tímido, y prefiere la iniciativa de las demás á la suya propia.

—¡Buenas cualidades para esposa!, dijo Marcelo, partidario decidido de la superioridad de su sexo.

Paula acarició con su mano la frente de su hermano.

—Alicia no es la mujer que te conviene.

Él protestó bruscamente:

—No he soñado nunca en casarme con ella.

Y la joven siguió diciendo, sin hacer caso de la interrupción:

—No tiene carácter. Y además no es de nuestra clase.

—¿Cómo que no es de nuestra clase? ¿Porque los Dulaurens son más ricos que nosotros? Afortunadamente en Francia no es la riqueza quien crea la posición social.

Paula sentía haber provocado el enfado de Marcelo.

—No es esto lo que quería decir. He querido decir que esta gente de la que hablamos entiende la vida de una manera distinta de nosotros. Para ellos

es una feria continua, y confunden lo fútil con las cosas de verdadera importancia. Yo no sé explicarme, pero no he querido ofenderte.

—¿Quieres darme á conocer el mundo? ¡Antes de conocerlo ya pretendes juzgarlo!

Molestada por el tono de la voz de su hermano, Paula dejó salir la amargura de su tierno corazón.

—¿Crees, Marcelo, que no sé distinguir la mueca en una sonrisa y la mentira en unos labios? Sí, esta gente nos detesta y quisiera poderlos despreciar. Te atraen á ti para lisonjear su vanidad, y nos rechazan á nosotras, á mamá y á mí, porque somos unas pobres mujeres. Alicia está destinada al conde de Marthenay y no á ti.

Sin la última frase, la indignación de Paula hubiese producido su efecto. Lo que ésta decía tan claramente, Marcelo lo había ya comprendido, aunque de un modo menos preciso. Su altivez y la ternura que por su madre y hermana sentía le hubiesen retenido. Pero la frase final borró todo lo anterior. El solo pensamiento de aquel oficial de salón, que echaban inopinadamente en su vida como un rival seguro de vencerle, despertaba sus instintos de lucha, conquista y dominación. Y tuvo celos antes de amar.

III

BATALLA DE FLORES

—¡Ahí están! ¡Ahí están!, dijo Juan Berlier señalando con la mano el extremo del hipódromo.

El hipódromo de Marlioz está á dos ó tres kilómetros de Aix-les-Bains, en la carretera de Chambéry. Desde las tribunas, que ocupan uno de sus costados dando frente al monte Revard, la perspectiva es limitada y pintoresca: después de un primer término de verdes praderas, cortadas en diversos puntos por ligeras cortinas de álamos, la mirada choca bruscamente en los escarpados de aquella regular cadena de montañas, parecida á una antigua muralla, desprovista de gracia y belleza durante el día, y dotada de resplandores incomparables á los reflejos del sol poniente.

—¡Ahí están!, repitió Isabel Orlandi batiendo palmas.

En efecto, los coches adornados con flores llegaban para desfilar por delante de las tribunas, llenas de una brillante concurrencia. Al verlos, los espectadores pateaban de entusiasmo, agitábanse como una jaula de locos ó un enjambre de laboriosas abejas, arrancaban á los vendedores ambulantes sus cestas llenas de flores, y preparando sus perfumadas municiones de guerra, se animaban á la próxima batalla con gritos y excitaciones inútiles de soldados marchando al asalto.

En la plena luz de aquel cielo sin nubes, el mágico cortejo avanzaba centelleante. Aún muy lejos, sólo se distinguían unas manchas luminosas, y de vez en cuando rápidos destellos lanzados por los brillantes arneses de los caballos y las charoladas ruedas de los coches al chocar con los rayos del sol. El cortejo se hacía más visible, y al proyectarse sobre el horizonte, espolvoreado de oro, evocaba, con su brillo y su riqueza, la imagen de una cabalgata oriental, el cortejo de los Reyes Magos pintado por un maestro veneciano apasionado del color.

En la gran tribuna y en primera fila estaban los Dulaurens y sus invitados, Juan Berlier junto á Isabel, Marcelo Guibert entre la señora Dulaurens y Alicia. Paula no había querido acompañar á su hermano, y éste, taciturno, en vez del espectáculo tornasolado que se desarrollaba ante sus ojos, veía los rostros de dos tristes mujeres, echaba de menos la paz y la dulzura del Maupas, y empezaba á conocer las humillaciones interiores que acompañan al amor.

La orquesta empezó unos bailables. Y á su ritmo ligero, apagado por las exclamaciones y las risas, empezó la batalla. Deseosos de tomar parte en ella, los que habían llegado tarde atravesaron corriendo el hipódromo, y pronto sobre la pradera sólo se vió una mezcla confusa de sombrillas y trajes claros.

Los primeros ramos fueron lanzados con languidez, por manos delicadas, á los niños—pajes exploradores de la primavera, flores encantadoras de la vida humana—que abrían la marcha. Chiquillos rosados, con los bracitos desnudos, mecidos y llevados triunfalmente por unos borriquitos en grandes cestos rojos; jóvenes marineros blandiendo con energía remos de cartón en largas piraguas enguinaldadas, arrastradas por caballitos argelinos, cuyas colas y crines flotantes semejabán indudablemente las encrespadas olas; chiquillas vestidas de color de rosa salían, cual pájaros maravillosos, de nidos hechos con hojas y flores: toda aquella gente menuda vigilada por hileras de niñeras se emborrachaba, cual Baco adolescente, con los aplausos, el sol, la música y la alegría.

Los coches que les seguían fueron lentamente des-

filando y tomando parte en la lucha, presentando los caballos al ser refrenados posturas llenas de elegancia. En los coches se destacaba toda la gracia del mundo: la belleza de las mujeres y el perfume de las flores. El alma de los saqueados jardines vivía aún en aquellos jardines en movimiento. *Charrettes*, tálburis, victorias, faetones, landós, *mails*, desaparecían bajo las flores y adornos de mil matices felizmente combinados. Grandes reinas-margaritas de un violeta de crepúsculo otoñal, margaritas blancas que encierran el secreto de presagios amorosos, campanillas rojas tocando á alegría, *cyclamenes* de color vinoso, que sólo se crían en el monte Revard, hortensias rosas y azul-pálidas, orquídeas de matices cambiantes como el corazón de los hombres, resplandecían en su desnudez victoriosa, mezclándose, para destacar más aún, á las exóticas hojas de las palmeras, á las rosas silvestres de los bosques frondosos, á las gramíneas tan delicadas y sensibles que el calor de un día marchita, á las cintas de todos colores cuyos artísticos lazos atestiguaban ágiles dedos de hadas.

Medio tendidas entre aquellos ricos despojos de jardines saqueados, las mujeres sonreían. Confiaban en la cruel voluptuosidad que emanaba de sus formas irreprochables para asentar su triunfo sobre aquel lujo maravilloso de la pródiga tierra. Sabían que eran ellas las flores soberanas, más seductoras que todas las otras, pues añadían á los inconscientes é inmóviles encantos de la naturaleza, la armonía del movimiento y el prestigio de la vida inteligente. ¡El tallo espléndido y esbelto de su cuerpo perfecto sostenía su cara, divino cáliz de belleza!

—¡Viva! ¡Viva!, gritaba la gente entusiasmada.

Y en esta aclamación se confundían los encantos de la tierra y de la mujer. Y una lluvia continua de flores unía el público de las tribunas con las triunfantes mujeres del cortejo, que pasaban en sus coches abrumadas por tantos homenajes, respirando el perfume del suelo y del aire, por encima de una alfombra de flores, bajo una lluvia de ramilletes.

El entusiasmo popular aumentó aún más cuando los espectadores vieron llegar la alegoría del Verano. Sobre una carroza de doradas ruedas, arrastrada por caballos blancos, se amontonaban las espigas en gavillas de oro realzadas por el rojo de las ámapolas, rubíes de los campos. Jóvenes con trajes flotantes del color de la paja, y cuyas sueltas cabelleras bajaban en oleadas rubias por sus espaldas, semejantes á las vírgenes flexibles y delicadas que reprodujo Botticelli, simbolizaban, como aquel trigo maduro, la prosperidad y la dicha.

—¡El premio! ¡El premio!, exclamó el público, indicando al jurado que debía conceder el *estandarte principal* al carro de oro.

Isabel Orlandi y Juan Berlier derrochaban sus cestas de flores con alegre viveza. Ella llevaba un traje blanco, y su blusa medio recubierta por un bolero llevaba unos adornos que despedían reflejos anacardados. La alegría la embriagaba, y su piel morena al ponerse encarnada daba á conocer la aceleración de su sangre impetuosa. Los dos jóvenes reservaban sus ramos más pesados para unas cuantas viejas sacrílegas, que no temían deshonrar con su presencia el desfile de la juventud. Se les encuentra en todas las estaciones cosmopolitas, Niza, Monte Carlo, Aix: parecen siempre las mismas. Tratan de olvidar ó engañar á la muerte, y la llevan pintada en sus rostros, exhortándonos á saborear lo más de prisa posible esta vida, y recordándonos con violencia las injurias del tiempo. Una de ellas, en la que hicieron blanco, se aguantaba penosamente con las dos manos su sombrero ó su peluca, que los proyectiles habían logrado desequilibrar: los dos jóvenes se morían de risa.

Al lado de Alicia Dulaurens, cuyo traje violeta adornado de encajes blancos acentuaba su gracia vaporosa, Marcelo Guibert veía poco á poco fundirse su voluntad y huir su melancolía. Tantos colores y perfumes le envolvían y ablandaban. Sólo veía flores en el nuevo camino de su vida. Sin embargo, de vez en cuando se presentaba á su memoria alguna visión singular, un claro paisaje de su infancia, algún valle sombrío de las colonias, y echaba de menos las imágenes de sus antiguas energías que trataba inútilmente de retener. ¡Cómo entretenerse en evocar las huellas del pasado cuando el presente tiene tantos

encantos! Contempló, no sin la noble tristeza que acompaña á la pasión naciente cuando va revestida de ternura, la nuca luminosa de la joven, inclinada hacia adelante para seguir mejor sus ramos mal dirigidos, y admiró el brillo de aquella blanca piel.

Alicia se volvió hacia el joven, cuyo silencio la afligía, y una sola mirada de sus celestiales ojos purificó los pensamientos de Marcelo. Con su manecita señaló la cesta medio vacía:



Alicia bajó la última

—Ahí tiene usted flores. ¿Por qué no las echa? Dijo estas sencillas palabras ruborizándose, exceso de pudor que aumentó su belleza.

El carro alegórico del Verano se iba alejando, y detrás de un coche coronado de verbenas y rosas avanzaba el break del regimiento de dragones de guarnición en Chambery, artísticamente adornado con brillantes girasoles y ramos de junquillos. Entre los oficiales de uniforme, sólo el teniente Marthenay, con la elegancia algo maciza que indica el ocaso de la juventud, estaba de pie. En la mano llevaba un ramo de orquídeas raras y magníficas. Visiblemente buscaba á alguien en las tribunas. Cuando vió á Alicia Dulaurens, sonrió, se inclinó saludando y empezó á marcar el impulso que debía llevar hasta ella aquel ramo de flores. La audacia con que señalaba en público á la joven molestó á Marcelo Guibert, que metiendo la mano en la cesta de flores, y con rapidez eficaz, lanzó á su rival una bala perfumada. La dirección estuvo bien calculada, pero no así la fuerza. El ramo dió en pleno rostro, en plena sonrisa, al teniente, quien, desconcertado, dejó caer sus preciosas orquídeas al suelo, de donde las recogió en seguida un vendedor de flores. Marthenay, lleno de cólera, miró á la tribuna, y lo primero que vió fué á Isabel Orlandi aplaudiendo y gritando:

—¡Buen blanco! ¡Vivan los tiradores!

Juan Berlier le hacía coro, divirtiéndose al verla tan alegre. Marthenay no se entretuvo con sus burlas y siguió escudriñando la tribuna. Por fin, junto á Alicia, algo detrás de ella, vió el rostro altivo y desdenoso de Marcelo Guibert. Y al exaltarse en su furor y despecho el coche se alejó.

Cada vez que pasaban por frente al grupo de los Dulaurens veía á Alicia hablando con su rival, prescindiendo de la batalla, una Alicia transfigurada, absorta. Y cada vez Isabel y su *flirt* tenían el placer cruel de interrumpir sus observaciones acribillándole de flores. Tenían la ventaja de la posición y se habían ejercitado toda la tarde.

Al final apareció en el cortejo un coche que nadie esperaba. Todo adornado de cañas con sus espigas rojo-escarlata, rojo-cobre y rojo-naranja, que por su forma y color parecían llamaradas, el automóvil de Clemente Dulaurens apareció resoplando, jadeando

y temblando. A la luz del sol presentaba reflejos de incendio.

Era el primer automóvil admitido en el concurso, y no fué apreciado. Su olor apestante dominaba el perfume de las flores. Y el ruido desagradable que acompañaba á la trepidación de su marcha acabó de atraerle la hostilidad del público, á pesar de las protestas de indignación de algunos *amateurs* del nuevo *sport*.

—¡Envenenador público!

—¡Que se vuelva á los infiernos!

—¡Al fuego! ¡Al fuego!, gritaban todos, insultando á aquel brujo de las flores incendiadas.

Ante aquella grita, el joven no se obstinó en conquistar favores tan difíciles. Tuvo la prudencia de abandonar el desfile, y tomando por en medio del hipódromo, completamente libre, soltó el freno á su bestia mansa y veloz. A toda velocidad marchó aquel carro de llamaradas, saliendo como un cohete y desapareciendo entre los resplandores del sol, no sin oír lejanas aclamaciones que saludaban la potencia incomparable de su máquina y su belleza especial de meteorito.

Por monotonía ó cansancio la batalla fué poco á poco apagándose. Los vendedores de flores ofrecían en vano su mercancía á bajo precio. Mecidos sobre los borriquitos, los chiquitines, siempre alegres, eran los únicos que se divertían con la repetición del espectáculo. El jurado, viendo llegar el fastidio, se apresuró á distribuir los estandartes.

La noche empezaba á descender sobre la llanura de Marlioz. Tonos delicados, mezcla de rosa, violeta y oro, cubrían el horizonte de un polvo impalpable. Y guardando para ellas solas todo el resplandor del astro desaparecido, las rocas del monte Revard se cubrieron de un rojo ardiente, de tales reflejos de vida, que parecían estremecerse de gozo en aquel baño de luz.

Al abandonar la tribuna siguiendo á Alicia, Marcelo se quedó suspenso al ver aquel espectáculo de la naturaleza. La joven se volvió para llamarle y quedó sorprendida de la expresión de dicha

que reflejaba su cara. Marcelo veía en su alma una idéntica sobreexcitación de todas las fuerzas vitales, y glorificaba la vida.

Los Dulaurens y sus invitados subieron en el *mail* que les esperaba en la carretera, y les condujo á Aix-les-Bains.

La noche de la fiesta de las flores se acostumbra á comer al aire libre en el Casino ó en la Villa, cuando lo templado de la atmósfera lo permite. Los restaurantes invaden los jardines, y sobre los pisoteados céspedes se levantan innumerables mesitas cuyas lámparas con pantallas de todos colores brillan entre los árboles cual fantásticos gusanos de luz.

Armando de Marthenay, convidado á comer por la señora Dulaurens, se reunió con ellos en el *gran hall* del Casino. Habían mandado reservar una de las mesas más buscadas y abrigadas, al borde mismo de la terraza, para que no molestase á Alicia el aire fresco que al anochecer sopla en la montaña.

El teniente de caballería estaba de muy mal humor. No había podido digerir su fracaso de la tarde. En cuanto vió á Marcelo Guibert se acercó á él decidido.

—Usted confunde el juego con la guerra.

Marcelo se irguió. Mucho más alto que Marthenay, le miró por encima del hombro y dijo:

—Y usted confunde el respeto con la cortesía.

Por el tono del diálogo, la señora Dulaurens temió una tormenta y se acercó. El título de uno y la fama del otro se contrabalanceaban en su alma: su vanidad exigía la presencia de los dos oficiales.

Marthenay, no pudiendo quejarse de ninguna incorrección, buscaba un pretexto para reñir, cuando Isabel Orlandi corrió cual un torbellino y salvó la situación algo comprometida.

—¡Juan! ¡Venga usted de prisa! ¡Ahí está el dragón!

Y con sus maneras, jamás reprimidas, de niña mimada y mal educada añadió:

—¿Quiere usted dejarme ver la cara?

—¿La cara?, dijo el teniente palideciendo.

—¡Un momento nada más, nada más que un momentito!

Se puso á mirar con atención la cara del teniente, y volviéndose al público exclamó:

(Se continuará.)

LAS PLANTAS ARTIFICIALES

El Dr. Stephane Leduc, distinguidísimo físico de la Escuela de Medicina de Nantes, y sus plantas artificiales, llaman actualmente en alto grado la atención de los hombres de ciencia de todo el mundo; mas como acerca de dichas plantas se han emitido muchos conceptos equivocados, conviene poner las cosas en su verdadero punto, que es lo que vamos á hacer en pocas líneas, que servirán de explicación á los grabados que ilustran esta página y que son reproducción directa de fotografías facilitadas por el propio M. Leduc.

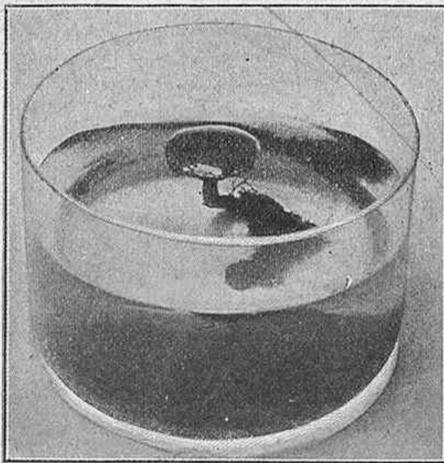
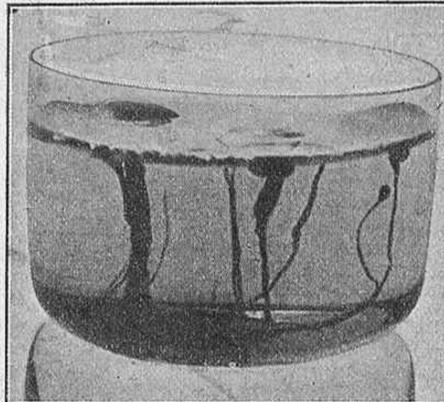
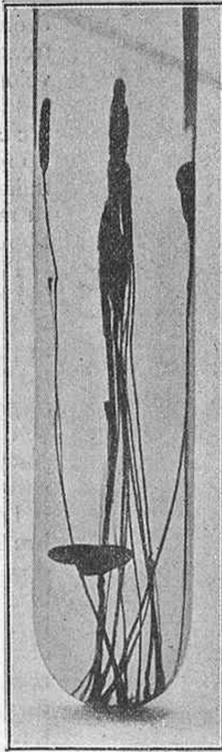
¿Cómo obtiene éste sus plantas artificiales?

He aquí explicado en pocas palabras el procedimiento por él empleado. Primeramente se fabrica una semilla, tomando dos partes de sacarosa ó de azúcar y una de sulfato de cobre, reduciéndolas á polvo, mezclándolas y tomando una pulgarada de la mezcla, á la que se añade un poco de agua para hacer de ella un gránulo. Aparte se prepara un medio de cultivo formado con agua á la que se añade ferrocianuro potásico (2 á 4 por 100), cloruro sódico (1 á 10 por 100) y gelatina (1 á 4 por 100). Una vez bien disueltas todas estas materias, se vierten en un tubo ó en un pequeño cristizador y se echa en el líquido la semilla artificial. Al cabo de algunos minutos (y no hace muchos días un público numeroso ha podido ver ese fenómeno mediante proyecciones luminosas), la semilla se hincha, como una semilla natural, se alarga, forma una punta dirigida hacia arriba, y al fin se prolonga en una especie de tallo, ó en varios tallos (hasta 15 ó 20) que pueden alcanzar una longitud de 25 ó 30 centímetros, si el tubo es bastante largo. Vista de lejos, esa planta artificial se parece enteramente á una planta acuática, á una sagitaria, por ejemplo, y presenta apariencias de tallos y de raíces, expansiones que parecen hojas é hinchazones con aspecto de frutos. Y cuando el extremo superior del tallo llega á la superficie libre del líquido, hace lo mismo que tantos otros tallos de plantas acuáticas: en vez de continuar subiendo, se extiende y forma como hojas flotantes.

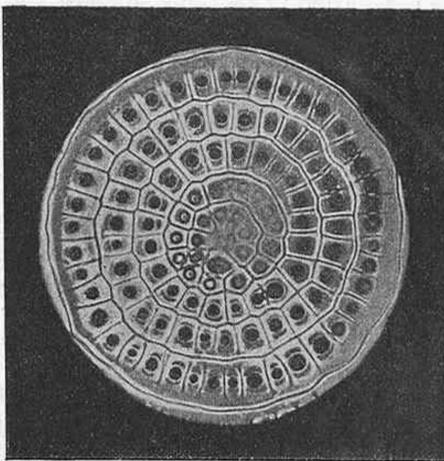
Cuando en lugar del cultivo en altura se practica el cultivo en recipientes anchos y poco profundos, las apariencias son distintas, formándose entonces una especie de algas y á veces de hongos. Nada hay más variado, nada que mejor recuerde ciertas formas de la vida.

Y sin embargo, nada de esto es vivo; no hay en ello vestigio de materia viviente del protoplasma y de sus complejos albuminoides; no hay más que los productos químicos antes mencionados, que, puestos en presencia unos de otros, obran unos sobre otros en virtud de las leyes de la física y de la química. Fórmase una especie de membrana de cianuro de cobre impermeable al azúcar que está en el interior,

pero permeable al agua de la solución; el azúcar atrae el agua y de aquí el alargamiento de la célula en fila-



Cultivos de semillas artificiales en tubos y otros recipientes



Tejido de células artificiales

mentos ó tallos, y si en la superficie se observan sólo desarrollos en extensión, es simplemente porque las

condiciones, en este caso, no permiten otra forma á la membrana, en cuanto deja de estar sostenida por el agua.

Nada de esto vive, pero tiene la apariencia de nutrición y de crecimiento, ya que las plantas artificiales se estiran.

La planta artificial es, como la verdadera, sensible á la acción de los venenos, y la temperatura influye considerablemente en su desarrollo. Y del mismo modo que dos partes vegetales ó animales pueden soldarse por injerto, dos partes de planta artificial pueden también juntarse.

Esas plantas, que no tienen vida, conocen, sin embargo, la muerte; al cabo de cuarenta y ocho horas están en plena vejez y ya no crecen más; sus paredes se espesan, cesan las reacciones y el conjunto no tarda en liquidarse.

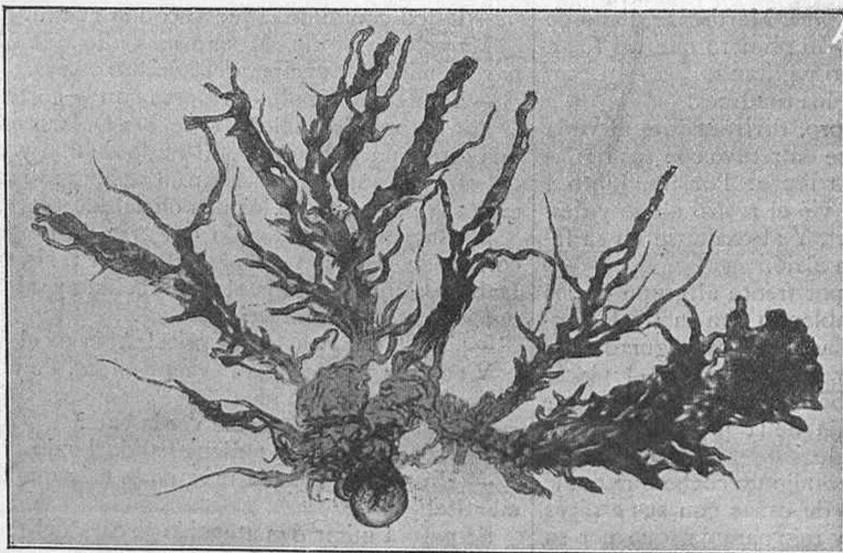
Con otras fórmulas pueden conseguirse otros fenómenos; M. Leduc ha conseguido, por ejemplo, células líquidas en un medio líquido que presentan la segmentación, la división en células más pequeñas en el interior de la célula primitiva.

Nada de esto vive, por supuesto, mas no por esto dejan de ser interesantísimos esos experimentos que demuestran la existencia de una correlación evidente entre la forma de las plantas y la naturaleza física del medio. Desde el momento en que comprobamos que la planta viva adopta ciertas formas en un medio y otras en otro medio distinto, deducimos de las investigaciones de M. Leduc que la vida en sí para nada interviene en ello, y que la planta, la verdadera, la natural, se limita á obedecer las leyes físico-químicas que rigen la materia inerte.

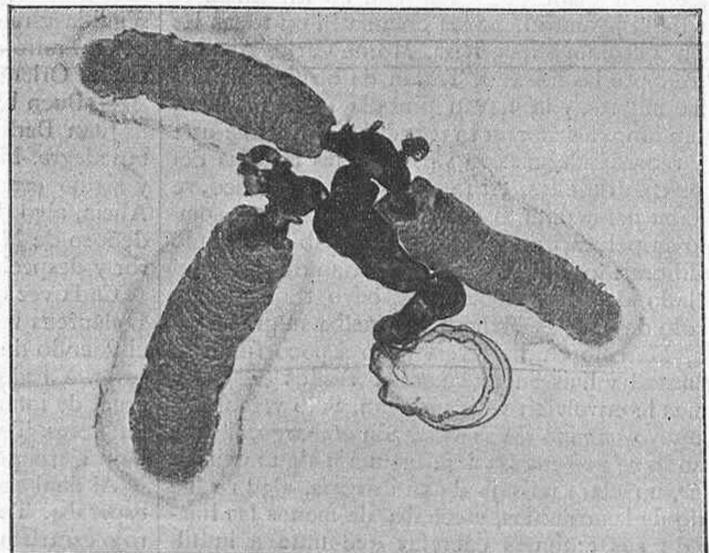
Cuando observamos en las células artificiales líquidas de

M. Leduc fenómenos internos iguales á los que se realizan en la célula viviente, en el huevo fecundado, por ejemplo, y que los naturalistas se veían obligados á aceptar sin comprenderlos, necesariamente hemos de admitir que la causa que obra en el caso de las células vivientes ha de ser evidentemente la misma que la que obra en el caso de las células artificiales. En una palabra, la influencia de las leyes físico-químicas es mucho mayor de lo que hasta ahora se creía; y hechos que, al parecer, sólo podían ser resultado de la acción de una fuerza misteriosa, «la vida», son evidentemente el resultado de fuerzas no vitales, de fuerzas físicas y químicas.

Los fenómenos estudiados por M. Stephane Leduc habían ya llamado la atención de algunos fisiólogos. Así, en 1867, un médico alemán, Traube, había conseguido la formación de vesículas cerradas, capaces de crecimiento, mediante el empleo de la gelatina y del tanino, y esos primeros experimentos habían sido comprobados por otros experimentadores; pero nadie hasta ahora había hecho estudios tan completos como los realizados por el sabio catedrático de Nantes, que han despertado gran interés en el mundo científico.—V.



Crecimiento de una célula artificial en forma de alga



Crecimiento de una célula artificial con terminaciones en engarces



MARRUECOS. — SI GUEBBAS, MINISTRO DE LA GUERRA (X), ACAMPANDO CON SU «MEHALLA» EN LAS INMEDIACIONES DE TÁNGER. (De fotografía de Photo-Nouvelles.)

Por fin parece que el Maghzen se ha decidido á acabar con el estado de anarquía que de mucho tiempo á esta parte reinaba en Tánger y en sus inmediaciones, y á poner término á las fechorías de Er Raisuli, el famoso bandido que, gracias á su osadía y á la indolencia del gobierno jerifiano, se había hecho nombrar bajá de aquel territorio y ejercía allí su poder omnímodo con la complicidad ó, á lo menos, con el asentimiento del sultán.

Para ello no se ha necesitado más que la firme voluntad de las potencias de llevar á cabo los acuerdos de la conferencia de Algeciras, voluntad manifestada por la presencia en la bahía de Tánger de algunos buques de guerra franceses y españoles con tropas de desembarco.

El Maghzen, comprendiendo que ahora la cosa iba de veras, ha enviado á Tánger dos *mehallas*, con un total de unos tres mil hombres, que, después de juntarse en El Kasar el Kebir, hicieron el día 27 de diciembre último su entrada en aquella ciudad, de la cual habían salido poco antes Er Raisuli y sus partidarios, refugiándose en Zinath.

Al día siguiente el Guebbas, ministro de la Guerra que manda las mencionadas *mehallas*, dirigióse con su estado mayor á la gran mezquita, en donde dió lectura de la siguiente carta del sultán:

«Alabanza á Dios único, etc. Nuestros servidores que habitan en las tribus del

Fahs nos han dicho que Raisuli ha cometido excesos é injusticias; además, ha traspasado el límite de sus atribuciones y maltratado á las gentes puestas bajo su autoridad, interviniendo en asuntos que no son de su incumbencia. Es un embustero y un impostor. Hemos creído que no merece nuestra confianza y hemos decidido destituirle de sus funciones y reemplazarlo por Ben Ghazi. Ordenamos que no se dé oídos á ese maldito que provocó incidentes perturbadores de la seguridad y que obligarían á las potencias unidas á nosotros á romper sus relaciones, cosa que no queremos ni podemos tolerar. Por estas razones os pedimos que no escuchéis á ese corrompido y os hacemos saber que nos disponemos á castigarle.»

Respecto de los ulteriores propósitos de Raisuli, se ha dicho que quería proclamar la guerra santa, y no ha faltado quien le ha atribuído la intención de acogerse al pabellón de Alemania; pero no es verosímil siquiera que Alemania se preste á esto último, ni es fácil que el bandido encuentre fuerzas bastantes para declarar la guerra santa contra la voluntad de su soberano.

Es, pues, de esperar que las potencias podrán en adelante realizar con facilidad relativa su misión civilizadora, y que antes de poco se habrán implantado en el imperio marroquí las reformas que han de hacerle salir del estado de barbarie en que hasta ahora ha vivido y que constituía una vergüenza para las naciones cultas que, pudiendo evitar tal estado de cosas, lo toleraban. — R.

Paris

DATA DE 1849

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS. LENTEJAS. TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS. TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Prepara y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDÈS

8, St-Denis, 16



PECHO IDEAL

Desarrollo — Belleza — Dureza
de los PECHOS en dos meses con
las **Pildoras Orientales**,
únicas que producen en la mujer
una graciosa robustez del busto,
sin perjudicar la salud ni engruesar
la cintura. Aprobadas por las
celebridades médicas. Fama uni-
versal. J. RATIÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Ver-
deau, PARIS. El frasco, con instrucciones, por
correo, 8'50 pesetas. Depósito en Madrid, Far-
macia de F. Gayoso, Arenal, 2; En Barcelona,
Farmacia Moderna, Hospital, 2.

VINO AROUD

CARNE-QUINA

el mas reconstituyente soberano en los casos de:
**Enfermedades del Estómago y de los Intes-
tinos, Convalecencias, Continuación de Partos,
Movimientos febriles é Influenza.**
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

REMEDIO DE ABISINIA

EXIBARD

SOBERANO CONTRA
CATARRO — ASMA — OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

VIDA DE LA VIRGEN MARÍA

CON LA HISTORIA DE SU CULTO
EN ESPAÑA

Dos tomos en folio, ricamente encuadrados,
100 pesetas

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

**AVISO Á
LAS SEÑORAS**

**EL ANIOL DE LOS
JORET-HOMOLLE**

CURA
**LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPRESIONES DE LOS
MENSTRUOS**

F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

**PILULES
de BLANCARD**

EXIGIR LA SIGNATURE
DE BLANCARD

APROBADAS
por la
Academia
de
MEDICINA

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES

Depósito. BLANCARD & C^o, 40, R. Bonaparte, Paris.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la
Clorosis, la *Anemia*, el *Apoca-
miento*, las *Enfermedades* del
pecho y de los *intestinos*, los
Espantos de *sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida
á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.



BARCELONA. - «EL GALLO DEL POBRE.» DISTRIBUCIÓN DE COMESTIBLES ENTRE FAMILIAS NECESITADAS, HECHA POR LA ASOCIACIÓN BARCELONESA DE BENEFICENCIA, CON MOTIVO DE LAS ÚLTIMAS NAVIDADES. (De fotografías de A. Merletti.)

La Asociación Barcelonesa de Beneficencia ha realizado durante las pasadas Navidades una obra tan buena como simpática, á la que bautizó con el significativo título de «El gallo del pobre.» Comprendiendo que, si es siempre oportuna y meritoria la práctica de la caridad, mucho más ha de serlo en esas épocas de fiesta y de regocijo en que más tristemente resalta la diferencia entre los favorecidos por la fortuna y los desheredados, allegó recursos para repartir entre gentes menesterosas algunos comestibles que les hicieran participar de la alegría general propia de esos días en que el mundo cristiano conmemora el nacimiento del Salvador.

Efectuóse el reparto en el teatro Nuevo Retiro, en la mañana del 24 de diciembre

último, y fué un espectáculo verdaderamente emocionante el que ofrecía aquella multitud de gentes humildes que acudían á recoger los regalos que les distribuyó una comisión compuesta de los Sres. Rogés, Soler y Planas, pertenecientes á los Coros de Clavé.

Habíanse repartido 2.000 bonos, á cada uno de los cuales correspondieron raciones de arroz, mortadela, ternera asada, turrone, naranjas y dos panes de á libra.

Gracias á «El gallo del pobre» muchas familias necesitadas han podido solemnizar la Nochebuena. Los iniciadores de esta obra merecen el aplauso de todos y la ayuda de quienes sólo con desprenderse de un poco de lo que les sobra pueden proporcionar á muchos algo de lo que les falta.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Seine.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

BOYVEAU-LAFFECTEUR
ROB
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, etc.
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO.
Vendese en casa de **J. FERRE**, Farmaceutico,
SUCESOR DE BOYVEAU-LAFFECTEUR.
Calle Richelieu, 102, PARIS, y en todas Farmacias.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUGE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

PATE EPILATOIRE DUSSE destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **FILIVORE, DUSSE**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN